

Sancho y Lucía' fue su primer destino docente. De allí salió con una formación musical suficiente que le sirvió como plataforma de salto a estudios superiores.

Ahora, después de haber conocido la realidad de un mundo que lo tiene todo, excepto facilidad para vivir de él, reflexiona sobre su decisión "cuando dices que estudias piano te responden ¿y qué más?". En España no hay tradición musical, pero sí grandes músicos. Falla, Albéniz, Granados, Sorozábal... son nombres que demuestran la cantidad y calidad de ejecutantes de primerísimo nivel que ha parido nuestro país. Y los sigue pariendo. Alfonso sostiene que hoy en día continúan brotando extraordinarios maestros dentro de nuestra piel de toro. Incluso a nivel local destaca el intelecto musical de gente como Ángel Sancho, Conchi Reguillo, Vicente Delgado, Reyes Baeza o Miguel Maroto, por citar algunos. He ahí la gran paradoja "es una pena que no demos valor a todo ese talento".



La solución para muchos de esos virtuosos de la partitura pasa por buscar fuera lo que no encuentran en casa. En efecto, gran parte de los músicos profesionales de nuestra región se tienen que ir de su tierra en busca de sus habichuelas, y también de un reconocimiento social del que aquí carecen. En Castilla-La Mancha hay poco a lo que agarrarse "somos la única comunidad autónoma que no tiene centro superior". Ni siquiera existe una orquesta residente, sólo agrupaciones privadas. Tal déficit obliga a emigrar, a menudo al extranjero. Por desgracia, exportamos talen-



tos musicales un día sí y otro también. Aquí quedan las escuelas de música y algunos conservatorios, donde la crisis ha terminado de poner la puntilla "la música está mal con crisis o sin crisis; es un problema de falta de tradición".

Precisamente las escuelas municipales de música han sido un caldo de cultivo perfecto para picar el cebo en el anzuelo de los recortes. En algunas poblaciones incluso han desaparecido del mapa. Alfonso Candelas no repara en críticas cuando habla sobre este particular y se muestra especialmente beligerante "es intolerable, la música debería ser obligatoria para expresar lo que con palabras no se puede expresar". En su opinión, es un arte que inspira valores y que, por supuesto, no debe ser elitista, sino todo lo contrario. Es más, sostiene con claridad que "la música soluciona problemas", de modo que apostar por ella desde el punto de vista educativo debe ser algo innegociable.

No falta quien sostiene que hacer música resulta caro. Estamos de acuerdo en que no todo el mundo puede comprarse un piano, desde luego. Pero el pianista solanero cree que sostener algo así es una argumentación bastante simplista, y además falsa "un coche también es caro y todo el mundo tiene uno, o más de uno". Como en todas las cosas de la vida, casi siempre existen alternativas, si se buscan. Al final, se trata de priorizar "un instrumento musical es una inversión como otra". *

Un arte que permite avanzar

Alfonso Candelas admite que barre para casa cuando habla de su oficio. Es posible que le pierda la pasión "aunque suene pretencioso, creo que la música está por encima de crisis y de ideologías". Pero intenta razonar su posicionamiento, aunque sólo sea por el dicho popular: "la música amansa a las fieras". Dicho de otra manera "la música te da un prisma distinto de las cosas; es un arte, y como tal nos permite avanzar". En cada músico hay un sesgo de rebeldía. Los artistas tienen un gen especial que, a menudo, les otorgan un punto de distinción. Si echamos un vistazo, es muy raro encontrar músicos en el mundo de la política, por ejemplo. Ahora bien, no todo el monte es orégano. A la dificultad para ganarse la vida haciendo música se une una competencia feroz en el sector "es la parte negativa de este mundo, la gran competencia que hay entre nosotros".

Alfonso Candelas se considera un tipo corriente, aunque también un privilegiado por hacer lo que realmente le gusta, y vivir de ello "el músico siempre lo es por vocación". En su atalaya como profesor enseña e inculca "con la música aprendes a ser humilde por lo grande que es". Emocionarse con ella es bastante común, como a él le sucedió en su examen final de carrera "toqué el concierto para violín de la novena sinfonía de Beethoven y me quedo con ese momento". Sin embargo, nada como el calor del público "a mis alumnos les digo que aprendan a valorar los aplausos". No hay mayor recompensa inmaterial para un artista. *